

EL INCA HISTORIADOR

Discurso de recepción académica leído el día
6 de Febrero de 1965 por Don José Cobos Jiménez,
Académico Numerario.

EXORDIO

“Me complace afirmar que no hay en muchos puntos de España un grupo tan selecto de conocedores de su ciudad y amantes de su pretérita grandeza como el grupo cordobés. ¿Cuántos son? Contadlos en la Academia cordobesa“. Son, como sabeis, palabras de Antonio Jaén Morente en el prólogo a su “Historia de Córdoba“, ese bello prólogo donde nos dice que “quisiera tener el alma encendida de luz para hacernos caminar por la ciudad bienamada“: luz que yo quisiera encender en mi palabra de esta noche para expresar mi conmovida gratitud por recibirme, benévolo, como académico numerario, después de haber sido correspondiente durante catorce años. Pero es una pena, como deplora Ortega en una de sus cartas a Curtius, que no haya una “taquilogía“ que, en la brevedad de un instante, permita a un alma verter sobre otras almas afines la cosecha de sus pensamientos. “Al contar de los días—prosigue Antonio Jaén—se ha trabajado recio y fino en la historia de Córdoba, y casi todo el surco fructífero lo ha labrado gente del propio solar, nativos o espiritualmente prohijados; Córdoba, que llama cariñosamente “los sabios“ a estos hombres, no sabe, bien sabido, lo mucho que debe a este grupo y academia“.

Sí. Todo es verdad, verdad rigurosa que disipa esa brumilla esporádica y reticente de quienes suelen hablar de las academias no precisamente en tono encomiástico, sino más bien peyorativamente, y de lo académico como síntoma expresivo de épocas decadentes y de tiempos en que la creación está en crisis. Yo sé lo que Córdoba os

debe, y sé también, mejor sabido, lo que personalmente os debo, hasta el punto de que me habeis encadenado a una deuda vitalicia con una cariñosa hipoteca que nunca podré levantar, pero cuyo rédito inmaterial os quisiera ir pagando puntualmente de alguna manera y en la medida de mis recursos, en la medida de mis recursos y con la ayuda de Dios, porque dicho está por Aristóteles que, para valerse solo, hace falta ser un diosesillo o una bestia, y no quisiera aspirar a ninguno de los dos títulos igualmente infamantes.

Pues lo habeis querido, seré vuestro compañero. Seré vuestro compañero, pero no me podeis privar de la condición de seguir siendo vuestro discípulo, párvulo de toda una Corte de maestros de quienes he recibido lecciones de casi todo: lecciones de gusto, como aquellas que Quintana recibiera de Meléndez Valdés; de buen gusto—que es el discernimiento de lo mejor, según la famosa definición de Muratori—; de independencia y de tolerancia, virtudes que toda academia debe tener para que los gustos, como ocurre en Francia, se conjuguen paradójicamente con las ideologías y pueda darse el caso ejemplar de que Charles Maurras sea admirador de Voltaire, y Sartre se apasione por Chateaubriand; lecciones de señorío verdadero—que es el del espíritu—, de honestidad y de desinterés, lecciones de hombridad válidas para mantener lo que nuestro Séneca llamaría “el eje interno”. Sois maestros en la más grande acepción de la palabra excelsa, y por eso sois ricos hasta lo indecible, con la riqueza inconmensurable de tener lo que habeis dado (“Tengo lo que he dado”, como reza el bello lema de Gabriel D’Annunzio).

Entonces, si teneis, si tenemos lo que hemos dado, nuestro patrimonio tiene que ser necesariamente exiguo, porque, cualesquiera que sean nuestros dones, han sido “dados”, han sido entregados a los demás, a los cuales hemos venido a servir, y por eso el escritor y por eso el intelectual es siempre un servidor y un criado, pero un soberbio criado que vuela por encima del lujo de los palacios y de la prebenda onerosa, de la miseria de las cuentas corrientes y de los “hombres importantes”, no exactamente en el sentido británico de “V. I. P.” (es decir, “very important person”), sino más bien como Juan Bernier los presentó en un poema famoso, y por eso el escritor está, o debe estar, al margen y por encima de la sordidez sustancial de las cucañas de la vida.

Se habla entonces, a la ligera, del resentimiento del escritor y de

la acritud del intelectual, pero ello no es más que el resultado de la experiencia del dolor común de la humanidad, como señala Ramón Gómez de la Serna, la experiencia de una misma vergüenza ante la incapacidad y la frustración humana frente a la vida. El escritor, por el contrario, no es un resentido ni un aguafiestas, sino un hombre—como ha dicho Salvador de Madariaga—empapado de ternura que llora por el hombre y que comparte la honda tristeza de aquel verso inolvidable de Camoens:

“O tempo, o mesmo tempo, de sí chora”.

El artista, el hombre de ciencia, el escritor, o simplemente el hombre que quiere pensar o que quiere darse fina cuenta de las absolutidades del mundo y está escondido en su soledad de anárquico francotirador de las ideas—y recordamos de nuevo a Ramón—, no puede ser invitado a un mundo brusco y anodino en que es vejado por la hostilidad de los demás.

Somos piedra, agua y barro. El alma es lo único que vale, y es un préstamo que devolveremos a Dios. Al cuerpo puede darle por recomerse, pero el espíritu no se recome a sí mismo, sino que crece en grandeza con el tiempo, si mostró bien el propio tiempo en que le tocó vivir; “el escritor tiene que acariciar ese imposible sueño de que, su premio de haber vivido como vivió, sea el vivir en la ciudad del puro silogismo, cosa que no se realizará, porque artista y escritor quiere decir *el que no realiza sus sueños*, siendo quizás por eso el ser que está siempre soñándolos, y, por tanto, no se duerme en ellos y los describe para consolar a una humanidad sin sueños”.

Para mí es día de fiesta y de alborozo, porque desde hoy estaré más cerca de vosotros y de vuestros afanes, y se acrecentará, con la proximidad, el privilegio y el regalo de estar presidido, dirigido y alumbrado—quiera el Señor que por largos años—, por quien es una de las últimas muestras de esa rara estirpe de maestros en trance de desaparición, de ese tipo de humanista patricio cuyo saber, cuanto más vasto, más radicalmente le lleva a una conclusión modesta pero transida de comprensiva ternura de su sabiduría ante la de los demás, pues el humanista, como señala Marañón, es el auténtico maestro, el maestro de las inagotables lecciones extraescolares, tan diferente del profesor engolado, y si el enciclopedista recuerda al catedrático pedante, al humanista lo identificamos con el maestro.

Se ha dicho que la ciencia del andaluz, la sabiduría del cordobés,

puede ser el escepticismo, la desmayada displicencia por todas las cosas, incluidos los honores, y entonces se ve esa ática y depurada figura del que fué y volvió, del desdeñoso que sonríe a su regreso. Tal era, en opinión de Vicente Aleixandre, el caso de don Juan Valera, a quien ninguna gracia le fué negada, excepto tal vez la gracia última, la gracia del corazón, que es la que no debe faltarnos nunca. Azorín decía que tanta inmodestia hay en no aceptar tercamente un honor como en prodigarse persiguiéndolo. Sin pedir ni rehusar, obediencia es cortesía. Con la gracia última del corazón, acepto complacido el honor de que me haceis objeto. Sabed, pues, que es en el corazón donde anoto mi deuda. No os digo más.

GARCILASO DE LA VEGA, PERUANO ESENCIAL

(SERVIDUMBRE Y GRANDEZA DEL INCA HISTORIADOR)

"El mestizo, verdadero heredero de la conquista, es una criatura de transición, la palabra *mestizo* tiene mucho más significado como término psicológico que como término racial, puesto que la mezcla que le define es una mezcla de culturas. Cuando el mestizo haya creado su mundo, su naturaleza, que es una naturaleza de transición, habrá desaparecido, y ya no habrá meztizos: en su lugar, tan sólo habrá *nuevos americanos*."

WALDO FRANK: *América hispana*.

(I. 1, 5)

LOS DOS GARCILASOS

José María Ortiz Juárez, en un bello discurso pronunciado en Córdoba con motivo del 350 aniversario de la publicación de los *Comentarios Reales*, hablaba de la frecuencia con que sus alumnos, al ser preguntados acerca del Inca Garcilaso, solían confundirlo con Garcilaso el toledano. En efecto: hay en nuestra literatura dos Garcilasos: el caballero de las famosas elegías, muerto en Niza cuando acompañaba al Emperador, y el cronista peruano, nacido en el Cuzco en 1539 y muerto en nuestra Córdoba en 1616.

Hay que reconocer que la gloria caballeresca alcanzada por nuestro gran lírico renacentista ha contribuido a sumir en una discreta penumbra la gloria del Garcilaso peruano. Esta gloria está hoy más reconocida que nunca, porque se alimenta de un conocimiento más completo de la vida y de la obra de nuestro autor, pero hay que destacar también que esta gloria no desborda jamás un círculo de intimidad, ya que se ofrece en un ámbito en el que sólo han penetrado, para admirarle, un grupo selecto y reducido de entusiastas.

Garcilaso el toledano nació en 1503, es decir, tres años después del Emperador Carlos V, de quien fue, por tanto, riguroso contemporáneo. El Inca nació treinta y seis años después; pertenece, pues, su vida a otra vertiente de la historia imperial de España, que entonces conocía sus mejores años. Agotando las cronologías, diremos que el lírico toledano murió muy joven, a los treinta y tres años, de muerte no tan romancesca como han querido los tejedores de bellas leyendas épicas. El cronista del Cuzco alcanzó una larga vida, pues murió a los setenta y siete años. El poeta hizo de su vida una llamarada apasionada, como si sólo viviese lo suficiente apenas para p'asmar en versos inmortales sus profundos y doloridos sentires. El cronista, en cambio, apuró en una larga existencia una más amplia aunque recatada experiencia humana, a través de la cual los grandes acontecimientos del mundo son más contemplados que vividos.

Cuando en 1616, en la cordobesa calle de los Deanes, se cierra la curva de esta vida dilatada y taciturna, Europa finaliza una de sus grades épocas culturales. Aquel mismo año precisamente, morían también nada menos que Miguel de Cervantes y William Shakespeare.

La vida del Inca podemos dividirla en tres períodos: los veinte

años primeros de su infancia y adolescencia que transcurren en el Cuzco, los veinticinco años de su ancianidad en Córdoba, y los treinta años de su madurez y fecundidad en Montilla.

¿Cuáles son los signos históricos de la época que el Inca conoció? Al cronista peruano le tocó vivir en pleno esplendor de nuestro primer Siglo de Oro, siendo ésta una de las razones por las que su memoria se vió relegada a un segundo lugar, eclipsada por el resplandor de nombres ilustres de todos conocidos. Como dijimos, había nacido en el Cuzco en 1539, sólo cuarenta y siete años después del descubrimiento de América, reinando en Inglaterra Enrique VIII, en Francia Francisco I, y en España Carlos V. Un año antes que el Inca nace en Córdoba el escritor, pintor y arquitecto Pablo de Céspedes; cinco años antes que el Inca nace Fernando de Herrera y seis años antes nace Alonso de Ercilla. Garcilaso el toledano muere tres años antes de nacer el Inca, San Juan de la Cruz es sólo tres años más joven que nuestro cronista, y Cervantes ocho. El mismo año en que nace el Inca se organiza definitivamente la Compañía de Jesús, y la expulsión de los moriscos tiene lugar cinco años antes de su muerte. A lo largo de la vida del Inca, muerto casi octogenario, se suceden en Roma catorce Papas, desde Pablo III a Pablo V, el inmediato antecesor onomástico del Pontífice actual. Pero el Inca, sin ninguna duda, es un caso típico de generación unipersonal: está solo en su tiempo. Y su soledad no proviene de un posible retraimiento, sino que obedece al sentido único e íntimo de su vida, al desarrollo de sus particulares experiencias, que se revelan en la singularidad de su obra literaria.

Renacimiento y Somera Bibliografía

Hasta hace no mucho tiempo, sólo un grupo de estudiosos y especialistas tenía conocimiento cabal de la obra del Inca. Hoy, tanto en España como fuera de ella, y de modo especial en la América de estirpe hispánica, ha ido creciendo, con sólida lentitud, el conocimiento y la admiración hacia nuestro autor y el reconocimiento de su poderosa originalidad, no obstante haber sido acusado de plagios serviles por críticos superficiales, cuando no timoratos o biliosos. Hay figuras y obras que pasan olvidadas durante años y años, sin que sepamos bien por qué. Así acaeció con el Greco, redescubierto

como quien dice por don Manuel Bartolomé Cossío a finales del siglo XIX. El Greco es precisamente coetáneo estricto del Inca, nacido alrededor de dos años antes que el genial cretense. La obra de nuestro Garcilaso, como afirma Jorge Campos, adquiere inusitada importancia a medida que discurre el tiempo, porque, entre otras relevantes circunstancias que concurren en él, el Inca es cronológicamente uno de los primeros escritores americanos, y, para don Ramón Menéndez Pidal, "el más antiguo y el más insigne del Nuevo Mundo". Viene a significar para América—aunque quemando etapas culturales al ritmo vertiginoso que permitió la transculturación llevada a cabo por España en el continente recién descubierto—, viene a significar, digo, un poco lo que Homero para la antigua Grecia o lo que Livio Andrónico para la literatura latina o el *Cantar de Mio Cid* en los albores de nuestra lengua, dándose además la circunstancia, tan significativa para nosotros, de que, como la primera tarea literaria de Garcilaso es la traducción de los *Diálogos de Amor*, de León Hebreo, y esta traducción está fechada en Montilla, resulta que es en Montilla donde se escribe el primer libro de un americano en Europa. Es en este sentido en el que cabe hablar de un renacimiento del Inca Garcilaso.

Nuestro Rafael Aguilar Priego, a quien tanto debe la investigación garcilasista, ha dicho que quien despertó el deseo de un conocimiento más hondo de la vida y la obra del Inca fue don Rafael Ramírez de Arellano. Ramírez de Arellano, en efecto, había incluido, en su *Catálogo biográfico de escritores de la provincia de Córdoba*, el nombre del Inca al lado de nuestras glorias literarias; pero quien supo ver en Garcilaso todo el valor y trascendencia que hoy tiene para nosotros, quien hizo posible que se comenzara a rehacer con solvencia crítica la biografía del escritor peruano, fue el llorado maestro, gloria de las letras cordobesas, don José de la Torre y del Cerro. Rafael Aguilar dice con toda justicia, refiriéndose a la magna obra de don José de la Torre, que es "base y fundamento de toda historia garcilasista que aspire a conseguir el galardón supremo de cosa acabada y concluida".

A partir de don José de la Torre, de cuya admiración y respeto en el Perú tengo testimonios innumerables, el interés por Garcilaso aumenta a un lado y otro del Atlántico. Surge entonces una estimable bibliografía, si bien no muy abundante ni completa. Son dignas de citarse, con gratitud de fervorosos garcilasistas, las obras de los pe-

ruanos Rivas Agüero y Aurelio Miró Quesada y la selección de textos, con prólogo, del español Darío Fernández Flórez. Y hemos de referirnos también, con elogio, a la bella traducción al inglés de *La Florida*, hecha en 1951, con un prefacio biográfico muy ponderado, por el matrimonio Varner, de la Universidad de Texas.

Pese a todo, la biografía del Inca estuvo incompleta hasta la llegada a Montilla del diplomático peruano y catedrático de la Universidad de San Marcos, de Lima, Dr. Raúl Porras Barrenechea, que encontró en los archivos montillanos más de un centenar de documentos que despejaron la nebulosa que envolvía los años de madurez vital y de creación de Garcilaso. Siguiendo la huella del Dr. Porras, los esposos Varner ahondaron la investigación sobre el Inca en los archivos de Montilla, en el curso de una corta estancia de veinte días, de la que obtuvieron precioso material documental para la elaboración del estudio que ahora están realizando sobre Garcilaso y que posiblemente este año vea al fin la luz.

El Inca, pues, está hoy en circulación como valor positivo y sólido, y es de esperar que pronto tengamos ese libro definitivo que estamos necesitando, porque es mucho el interés que su vida y su obra despierta ya entre los investigadores que gustan adentrarse en la intimidad de personajes tan humanos como Garcilaso Inca de la Vega, el tímido sesentón que llevó a cabo una hazaña literaria cuyos substanciosos perfiles de novedad estamos comenzando a degustar ahora en su justo valor.

Don Gregorio Marañón, ese gran español con cuya muerte perdimos uno de los animadores más fecundos de nuestra cultura, creo que hubiera sido el biógrafo ideal del Inca, porque en él la más rigurosa erudición se unía con el amor y la comprensión para sus biografiados. Su humanidad de médico acertaba siempre con el nudo oscuro y a veces doloroso que revela a una personalidad. Hay, por otra parte, en el Inca, ciertos complejos de timidez que quizá no sean del todo ajenos a los que Marañón rastreó en la vida de Amiel. La obra del Inca, su posible devaneo con doña María de Angulo en Montilla, sus amores secretos con Beatriz de la Vega y la ocultación del hijo habido entre ambos, todo ello con el amargo recuerdo del drama materno, evidencian el proceso de su timidez, sin olvidar los problemas de su dualidad anímica y los complejos psicológicos del mestizaje.

Riesgo y Ventura

Es un trabajo como el nuestro, sometido inexorablemente a unas casi canónicas limitaciones de extensión, no podemos ni siquiera esbozar la peripecia biográfica de Garcilaso. Las circunstancias que rodean el nacimiento y los primeros años del Inca son, sin embargo, de tal calidad, que nos permiten hablar de una auténtica “historia americana”, en el sentido simbólico y ejemplar que tiene esta expresión. Fue hijo, como sabéis, del capitán Sebastián Garcilaso de la Vega y de una ñusta de sangre real incaica, llamada Chimpú Ocllo, a quien se bautizó con el nombre de doña Isabel Chimpú Ocllo o también doña Isabel Suárez. Apenas podemos aludir a sus años infantiles en el Cuzco de sus mayores; a su educación encomendada a Juan de Alcobaza, que le enseñó las primeras letras, mientras el canónigo Juan de Cuéllar le iniciaba en los latines; al fondo bélico de las guerras civiles entre los conquistadores; a la huella que en su alma infantil dejaron las leyendas del pasado incaico, que después elaboraría en sus *Comentarios Reales*; a la fuerte impresión recibida cuando presenció la extracción de las momias de los incas, sus antepasados, ordenada por Polo de Ondegardo; a la impronta recibida por la visión de un magnífico pasado, ya para siempre muerto, que fué deslizándose insensiblemente, en su alma delicada de doncel hispano indio, “el filtro mágico de una melancolía incurable”, de la melancolía indígena de la que fué un paciente e inefable obsesionado... Todos estos recuerdos prenden en el alma de nuestro Gómez Suárez de Figueroa—que así se llamó el Inca en sus años juveniles—con raíces tenaces y sutilísimas, dolorosas y gozosas al mismo tiempo, pero inconsumibles.

No podemos, tampoco, extendernos en su drama familiar. Ya sabéis que su padre, a fin de no perder su encomienda, se vio obligado a casarse con una dama de alcurnia española doña Luisa Martel, abandonando a Chimpú Ocllo, a quien casó con un rudo escudero llamado Juan del Pedroche, posiblemente oriundo del pueblo cordobés del mismo nombre. *Gomecillo*, como cariñosamente se le llamaba, fué entonces arrancado de la protección de su madre india y pasó a vivir junto a su padre, “brusco cambio desde el nostálgico y dulce ambiente materno a la órbita española y paternal, más rígida y estirada, y culturalmente europea”. Al morir el padre, en 1559, es decir,

cuando el Inca tenía exactamente veinte años, se plantea el dilema familiar de permanecer con su madrastra doña Luisa Martel, o volver con su madre india, que ya había tenido sucesión con Juan del Pedroche. Toma entonces los 4.000 pesos heredados de su padre, y un año después, en 1560, emprende el viaje a España, cumpliendo así la voluntad paterna: partida ilusionada no exenta de nostálgica tristeza, y cuyos pormenores ha esclarecido muy recientemente don Guillermo Lohmann Villena, mediante un precioso hallazgo documental que está avalado por la firma del propio Inca, la única existente por el momento en América.

Viene después un afanoso deambular por Extremadura y Andalucía, hasta fijar su residencia en Montilla, al amparo de su tío el capitán don Alonso de Vargas. Pero la vinculación del Inca a Córdoba no se establece como un hecho fortuito. Al igual que todos los hechos históricos de mayor o menor relevancia, se trata simplemente de una "cristalización", donde vienen a confluír ese cúmulo de circunstancias que configuran todos los hechos históricos.

Montillano y cordobés de adopción

Veamos ahora en qué grado puede considerarse casual la vinculación del Inca a Córdoba. La argentina "Córdoba del recuerdo", universitaria y señorial, fué fundada en 1573 por Jerónimo Luis de Cabrera y Alvarez de Toledo. Este Cabrera se había casado en el Perú con doña Luisa Martel de los Ríos, la viuda del capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, padre del Inca. Doña Luisa, aunque panameña de nacimiento, era hija de un paisano nuestro: el cordobés don Gonzalo Martel de la Puente. Son apellidos todos que aun hoy tienen plena vigencia en esta Córdoba nuestra. Pues bien: don Jerónimo Luis de Cabrera, en un gesto de amorosa galantería hacia su esposa y de respetuosa pleitesía hacia el padre de ésta, decidió dar el nombre de Córdoba a la flamante ciudad argentina recién fundada. Insistimos, pues, en llamar la atención sobre estos lazos providenciales que predestinaban al Inca a una como insoslayable y fatal ligadura a la ciudad donde habría de morir, en medio de sucesivas y torturantes disposiciones testamentarias y de dubitativas consideraciones en torno a los detalles de su sepultura, como si presintiera su futura fama, y rodeado de sus clásicos familiares, pocos pero bien escogidos.

Por los tristes días para el Inca en que su padre contraía matrimonio de conveniencia con doña Luisa Martel, se casaba Isabel Chimpú Ocllo con Juan del Pedroche, quizá otro cordobés, con el que tuvo dos hijas legítimas. La unión que no tuvo nada de furtiva, del capitán Sebastián Garcilaso con Chimpú Ocllo, duró aproximadamente diez años, y de ella fueron fruto el Inca historiador y Leonor de la Vega. Véase, por tanto, cómo fueron de ascendencia cordobesa la madrastra del Inca y posiblemente el marido sacramental que escogieron para su madre india. Aunque ignoremos si el matrimonio de doña Luisa Martel con Jerónimo de Cabrera fué desgraciado o feliz, lo cierto es que un destino trágico le estaba reservado al fundador de la Córdoba argentina: morir a garrote por orden de Gonzalo de Abreu, el español que el 13 de Abril de 1582 erigió la ciudad de Salta, en el valle de Cobos, donde pronto florecerían los viñedos de Cafayate.

Estos datos dan sentido al hecho de que el Inca hiciera radicar su existencia en ámbito cordobés. Tras su llegada a Montilla se alista en los ejércitos de don Juan de Austria y toma parte en las guerras de las Alpujarras. Así, pues, el Inca Garcilaso, montillano y cordobés de adopción, viene a refrendar el conocido aserto de que la historia de Córdoba, "fecunda encrucijada de la Península, crisol de razas, es un tapiz entretejido con sangre de mil pueblos y razas diversas que dejaron aquí lo mejor de su estirpe", y en este crisol llega a estallar lo que José Antonio Girón llamó "la lista estremecedora" de cordobeses egregios, de Séneca a Góngora, de Osio a Aben Hazam, de Averroes a Juan de Mena, de Lucano a Ambrosio de Morales, de Maimónides a Hernán Pérez de Oliva.

En esta "lista estremecedora" tiene derecho a figurar este indio del Cuzco que, para iniciarse en la faena literaria, ya casi a las puertas de la vejez, escoge para traducir un libro impregnado de lo que más iba a necesitar su sangre discordante: un sentido de universalidad y de armonía.

A esta lista le faltaba el mestizo que completaría la tradición universalista de Córdoba publicando un libro que, para decirlo con palabras de José María Pemán, "es, en su original, de Judas Abrabanel, un judío nacido en Lisboa que escribe en Florencia, en lengua toscana y con el nombre de León Hebreo, unos *Diálogos de Amor* de contenido neoplatónico y plotiniano".

"No cabe—termina Pemán—más universalidad reunida para pro-

ducir este libro del que todo sale como una torre, una escala con un orden graduado, superpuesto, armónico, cordobés“.

El Fraile y el Cronista

En 1561, cuando Garcilaso ingresa tímidamente en la sociedad montillana, la ciudad del Gran Capitán, sometida al señorío de los Marqueses de Priego, es el centro de la actividad espiritual del Maestro Juan de Avila, precursor del gran florecimiento que habría de alcanzar nuestra literatura mística durante el Siglo de Oro, animador de la entonces naciente Compañía de Jesús y consejero de Santa Teresa, San Juan de Dios y Fray Luis de Granada. Su magisterio también alcanzó a nuestro San Francisco Solano, el fraile montillano que, nacido en 1549 y, por tanto, diez años menor que el Inca, evangelizó extensos territorios de la América del Sur, abandonando—verosímilmente por consejo de Garcilaso—su proyecto inicial de evangelizar en África. Todo nos induce a pensar que ambos personajes, el Inca y Fray Francisco Solano, se conocieron y se influyeron mutuamente, por el hecho significativo de intercambiar sus solares nativos, de donde proviene el estrechamiento de lazos espirituales que unen a Montilla con el Perú. Como ha escrito el admirado maestro don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, estos lazos trascienden hasta en leyendas populares. ¡Qué expresivo este doble lazo del Inca entre nosotros y San Francisco Solano entre los peruanos!. Es seguro que el Inca, aunque en sus primeros años de residencia en Montilla pasaría inadvertido de sus convecinos, iría estableciendo amistosa relación con otros personajes de la villa, entre ellos los Jesuitas, aunque siempre conservara su talante taciturno y su gusto por la soledosa meditación, porque el aislamiento siempre acaba quebrándose y porque, aunque no queramos, elegimos y somos elegidos. Nuestra existencia segrega infatigablemente los variados y sutiles hilos que anudan y encadenan simpatías y antipatías. Creo que el Inca era una de esas personas que siempre consiguen simpatías y amistades, pues el suscitarlas y el gusto por la soledad no siempre son incompatibles.

En busca del tiempo perdido

En el reposo de sus últimos días montillanos, el Inca, como un remotísimo Marcel Proust, emprende la tarea de reconstruir el tiem-

po ido. Cultiva con pasión los libros y perfecciona sus conocimientos de humanidades, y ello con un afán lento y perdurable, puesto que, casi en los umbrales de la senectud, termina su traducción de los *Diálogos de Amor*. Poco después, quizá también en Montilla, debió escribir buena parte de *La Florida* y los primeros folios de los *Comentarios Reales*. En todo caso, en esta hora serena de buscar el tiempo perdido, en el sentido proustiano, la influencia de Montilla en la obra del Inca es patente e indiscutible. Porras Barrenechea, confirmando, dice que en la prosa de nuestro Garcilaso palpita algo así como el alma de la ciudad, trasunto fiel de sus días montillanos: en los *Diálogos de Amor*, el reposo místico en que Juan de Avila fué maestro; en *La Florida*, un como trote de caballos de las cuadras de Juan Colín; y en los *Comentarios Reales*, una especie de arrullo rumoroso de agua y un fino silencio de patios montillanos. Y por eso sus páginas tienen "tan dulce y sosegado sabor de confidencialidad y tan penetrante aroma de poética nostalgia".

Es indudable que el Inca alcanzó en Montilla sus más bellas realizaciones literarias y humanas. Aquí meditó sus libros y aquí cultivó con asiduidad la amistad de doña María de Angulo, el alcance de cuya relación no está suficientemente esclarecido. Doña María murió soltera en 1618, dos años después que el Inca. En cuanto al hijo de nuestro cronista, no identificado hasta 1946 gracias al descubrimiento de Rafael Aguilar Priego, aunque bautizado en Córdoba con el nombre de Diego de Vargas, se mantiene la duda de si nació en Montilla o en la capital.

Fué fruto, tardío como sus libros, de sus amores con Beatriz de la Vega, la fiel criada del escritor.

Actualidad de Garcilaso

La memoria del Inca está viva en el Perú y su herencia cívica se venera con respeto por quienes como los peruanos de ayer y de hoy comparten los mismos valores espirituales y raciales de los que el egregio cronista fué espejo e intérprete eximio. Pero la imagen histórica que hoy poseemos de él nos ha sido proporcionada en ese trabajo, laborioso siempre, del tejer y destejer del tiempo. Los gustos varían y las perspectivas de las obras literarias también.

Así acaece con el Inca. Se ha dicho que, durante doscientos años,

la influencia y la autoridad de sus *Comentarios Reales* fué poco menos que omnímoda. Esta apreciación, en opinión de Riva Agüero un tanto excesiva, hizo que se subestimaran muchas de las primitivas fuentes de información acerca de la América precolombina. A mediados del siglo XIX se inició la extremosa reacción contraria. En nuestros días, su culto se fundamenta, al fin, en un conocimiento más sereno y objetivo. Es, pues, la hora de la justicia, la hora de la verdad, la hora de poner todas las cosas en su punto. La ciudad de Montilla, comprendiéndolo así, no sólo ha sabido exaltar su memoria entrañablemente, sino que le cuenta desde hace tiempo entre sus propias glorias como uno de los más señeros "espíritus amontillados", pues no solo se "amontillan" los vinos, también los hombres, y Garcilaso es vivo ejemplo de ello.

La casa montillana donde el Inca pasó los años tal vez mejores de su vida, no solo fué rescatada después de su ubicación documental, por un prócer montillano de inolvidable memoria, sino amorosamente reconstruida y vivificada, anticipándose así, en fraternal y cariñosa competencia, al propio Cuzco que le vió nacer. En la fachada, mestizo como el mismo Inca, luce el escudo del que fué su ilustre morador, que, labrado bellamente en piedra por manos montillanas, llama la atención del visitante, tanto por la originalidad de su heráldica como por el profundo simbolismo de la misma, pues los blasones de los Vargas y de los Lasso de la Vega, de los Santillanas y los Suárez de Figueroa, hermanados por el *llautu*, el arco iris, la sierpe, el sol y la luna, atributos incaicos, proclaman "el abrazo fecundo del mestizaje" y afirman de manera incontrovertible—como ha dicho felizmente el escritor montillano José Ponferrada Gómez—que el Inca Garcilaso de la Vega es una gloria proindivisa de españoles y peruanos, tanto como de cordobeses y montillanos. El escudo es, pues, un símbolo de armonía y de síntesis, sobremanera expresivo de quien lo adoptó; porque—transcribiendo un bellissimo párrafo de Aurelio Miró Quesada— "donde otros distinguen y separan, donde otros se empeñan en observar exclusivamente los contrastes, el Inca Garcilaso es el ejemplo del gran ordenador, y, cuando se trate de superar los problemas raciales del Perú, allí estará la obra y el espíritu del mestizo ejemplar, y cuando se trate de armonizar las divergencias entre lo ciudadano y lo rural, entre la capital y las provincias, entre el campo y la gran ciudad, allí se encontrará el recuerdo de Garcilaso como una lección viva y constante: nacio-

nal y universal, realista e idealista, crítico y creador, con minucioso afán de historiador y con profunda emoción de poeta, indio y mestizo, peruano y americano, español y europeo, el Inca descuella por la cronología y por la excelencia entre los autores de América y es el primer escritor americano que cuenta en el ancho camino de la cultura occidental".

Pre' Cobos.



BIBLIOGRAFIA

Campos, Jorge: *Garcilaso de la Vega (el Inca)*. Diccionario de Literatura Española. Editorial Revista de Occidente. Madrid, 1949.

Cobos, José: *Corazón Plural* ("La casa del Inca en Montilla"). Imprenta Sáez. Madrid, 1963.

Dicenta (Joaquín) y Cobos (José): *La zarza sin espinas*. Poema dramático en verso, estrenado en el Teatro Garnelo, de Montilla, el 10 de julio de 1956, y en los Jardines del Alcázar de los Reyes Cristianos, de Córdoba, el 16 del mismo mes y año, por la Compañía Dramática de Asunción Montijano y José Sancho Sterling.

Embajada del Perú en España: *Homenaje rendido al Inca Garcilaso de la Vega en Córdoba y Montilla*. Ideas Gráficas Rofer. Madrid, 1959.

Fernández Flórez, Darío: *El Inca Garcilaso de la Vega* (Selección de textos y prólogo). Editora Nacional. Madrid, 1945.

Frank, Waldo: *Retratos Culturales.—América hispana*. Aguilar, S. A. de ediciones. Madrid, 1963.

Garcilaso de la Vega, Inca: *Obras Completas*. Edición al cuidado de Angel Rosenblat, del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, sin año.

Garcilaso de la Vega, Inca: *Páginas escogidas* (con el "Elogio de Garcilaso", de José de la Riva Agüero). Desclée, de Brouwer et Cie., 76 bis rue des Saints-Pères. París, 1938.

Hiral, Ange-Marie (O. F. M.): *Vie de Saint François Solano, de l'ordre des frères mineurs, apôtre de l'Amérique méridionale*. Desclée,

de Brouwer et Cie. Lille-París-Bruges, 1906.

Jaén Morente, Antonio: *Historia de la ciudad de Córdoba*. Sucesores de Rivadeneyra, S. A. Madrid, 1935.

Lohmann Villena, Guillermo: *El Inca Garcilaso de la Vega en Lima.- Un documento inédito suyo*. Diario *El Comercio*, de Lima, 11 de septiembre de 1964.

Lohmann Villena, Guillermo: *La ascendencia española del Inca Garcilaso de la Vega*. Aparte de la revista *Hidalguía*. Madrid, 1958.

Madariaga, Salvador de: *De Colón a Bolívar*. E. D. H. A. S. A. Barcelona-Buenos Aires, 1955.

Majó Framis, Ricardo: *Conquistadores españoles del siglo XVI*. Aguilar, S. A. de ediciones. Madrid, 1956.

Marañón, Gregorio: *Amiel. - Un estudio sobre la timidez*. Espasa-Calpe. Madrid, 1941.

Menéndez Pidal, Ramón (y otros): *Seis temas peruanos*. Espasa-Calpe. Madrid, 1960.

Miró, César: *Mythe et réalité du Perou*. Fanal, 1958. Imprimé par Santiago Valverde, S. A. Lima.

Miró Quesada y Sosa, Aurelio: *El Inca Garcilaso*. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1948.

Moreno Báez, Enrique: *El providencialismo del Inca Garcilaso*. Núm. 70 del Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela, 1962.

Plandolit, Luis Julián (O. F. M.): *El apóstol de América San Francisco Solano*. Editorial Cisneros. Madrid, 1963.

Ponferrada Gómez, José: *El escudo de la casa del Inca en Montilla*. Diario *Informaciones*, de Madrid, 28 de mayo de 1963.

Porras Barrenechea, Raúl: *El Inca Garcilaso de la Vega. — Garcilaso en Montilla. — La familia de San Francisco Solano. — Un documento cervantino*. Conferencia pronunciada en el Teatro Garnelo, de Montilla, el día 14 de marzo de 1950. Jerez Industrial, S. A., Jerez de la Frontera, 1950.

Porras Barrenechea, Raúl: *El Inca Garcilaso en Montilla (1561-1614)*. Edición del Instituto de Historia de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, de Lima. 1955.

Prescott, Guillermo H.: *Historia de la conquista del Perú*. Imprenta y librería de Gaspar y Roig, editores. Madrid, 1851.

Riva Agüero, José de la: *Paisajes peruanos* (con un estudio preliminar de Raúl Porras Barrenechea). Imprenta Santa María. Lima, 1955.

Sala Balust, Luis: *Obras Completas del B. Mtro. Juan de Avila*. Edición crítica. La Editorial Católica, S. A. Madrid, MCMLII.

Torre y del Cerro, José de la: *El Inca Garcilaso de la Vega* (Nueva documentación). Obra que publica la Biblioteca de Historia Hispano-americana, en colaboración con el Instituto Hispano-Cubano de Sevilla. Fundación de don Rafael González Abreu. Madrid. Imprenta de José Murillo, Pasaje de Valdecilla 2, MCMXXXV.

Varner, John and Jeannette: *The Florida of the Inca*. University of Texas Press. Austin, Texas, U. S. A., 1951.

Wagner de Reyna, Alberto: *La Historia como evocación. — Elogio de don Raúl Porras Barrenechea*. Discurso leído ante la Academia Peruana, correspondiente de la Española, el 27 de diciembre de 1963, en su recepción pública. Lima, 1963.